



ÉSTA, DESDE LA QUE TE ESCRIBO

Patricia F. Pacheco

OTRAMÉRICA
SERIE OTRAS PALABRAS



Patricia F. Pacheco

Si la poética es un acto íntimo, Patricia F. Pacheco (1978) ha cultivado en la intimidad, durante los últimos 10 años, un universo de versos para digerir la vida. Crecida al borde del Mediterráneo, su tránsito poético ha discurredo de forma paralela a un intenso recorrido personal y profesional que la ha llevado a Grecia, Nicaragua, Costa Rica, Argentina o Ecuador, trabajando siempre en el ámbito de los derechos humanos, la cooperación internacional y, con especial interés, en los asuntos de género. Ahora, “nariz-contra-el-cristal, oteando el confin del invierno”, escribe desde Nueva York, aunque su genética marinera la sigue llevando a recorrer el mundo física y metafóricamente.

Mientras, en medio de la ciudad nublada, nacen versos que no hablan de los otros, sino del Otro –tan concreto y tan universal-, y de ella, de una búsqueda intensa y fragmentada, de todo lo que, siendo real, conforma su laberinto particular. En su haber público, nunca tan rico como el íntimo, sus poemas figuran en la tercera versión de *Nuevas Voces* (Editorial Torremozas, 2008).

OTRamérica
SERIE **OTR**spalabras

ESTA, DESDE LA
QUE TE ESCRIBO

Patricia F. Pacheco

A quienes hacen
-como dice García Montero-
que las palabras que decimos
no huelan a cerrado.

INTERMEDIO

“He vuelto por el camino sin hierba.
Voy al río en busca de mi sombra.
[...]
Voy a recoger mis ojos
abandonados en la orilla”

Carmen Conde

I

La arena, bajo nuestros pies, estremeciéndose/
Jadea, con reflejo azulado, mi piel brillante/
Se adivina el fondo bajo el acristalado del mar/
El cuerpo ya ni pertenece ni obedece/
Tú, mascarón de proa, penetras, con decisión, las olas/
La voluntad se ahoga con manoteo resignado/
Te surca, de norte a sur, el viento/
Ventre de estepa submarina, muge/
Oscuridad remansada/
Beso que deshiela su forma/
Cuerpo-embarcación/
Travesía que muere con el final de la brasa/
Niebla por la que transitamos tanto/
Corazón detenido (*kardia mou*).

Otra vez he soñado con la orilla
que no mencionó nuestro tan preciado mapa.

He vuelto a despertar con la lengua fuera
y empapada.

Viajábamos bien juntos, entre bocanadas,
desde la oscuridad espesa del dormitorio
-amor de después que removían,
sin viento, un par de aspas-
al puerto carguero anaranjado que quedó
varado justo antes de aterrizar la noche.

Por algún motivo ahora no doy
con el orden exacto del relato.

Sé que hubo helicópteros e incendios,
un colchón hecho harapos, un andén,
un abrazo albino en la puerta de embarque,
una madriguera y un huerto al sol.

Sé que en aquel desorden fumabas
asido a mí como a un mástil antes de la tormenta
y ensamblabas por lo bajo *paraules d'amor*
con la pasmosa simplicidad de un *haiku*.

Sé que canturreabas para ahuyentar la tristeza
de aquel espacio intermedio, benévolo y blanco.

Tengo ese cromo guardado en un cofre,
con etiqueta ilegible/ bajo prudente llave.

ISLA CON CIELO E INCENDIO

Esperaba ya el principio del retorno
en la madrugada con bultos,
muelle y sus crujidos.

Pintaba oscura la trocha de selva
que separaba la cama sin techo
del mar encerrado que fue el camino.

Al quicio de la tarde
nos habíamos amado con furia,
habitados y envueltos
de un vaivén de nombres sin dueño.

Habías masticado mi carne de mango tierno.
Habías sorbido la lluvia con ojos secos.
Latió el epicentro de aquél, mi reino.

Desde el embarcadero,
ese poco de tierra nos daba
un paredón encendido en luciérnagas,
la postal de un cielo
con miles de boquetes en llamas.

“YO LO QUE QUIERO ES UN MAR”

Muchacha,
ayer buscaba un viento para mi
renaciente barcaza
y me di de bruces
con el azul aquél
de cuando eras alada y eras ventana
y querías desvestirme de mi cascarón
de “sucre” y piedra,
corazón verde
de óxido submarino.

Yo, entonces,
te dejé invadir armarios
y hasta soñé contigo calle Córdoba,
parque Urquiza, río Paraná,
doblete de primavera en ciernes,
Rosario transoceánico donde
ideamos tantas costas.

Tras la correspondencia de altiplano,
tras lo frondoso y lo amazónico,
tras tus visitas australes y encendidas,
ayer, muchacha,
salí de mi arisca montaña,
bajé de mi empinado pensamiento,
enderecé mi astillada voluntad
y me fui en busca del mediterráneo.

Respire el color que me auguraras
-reina de la quiromancia-
hace ya
años de aviones y menguadas guerras.

Asesté mi puño de tinta
en mitad de tu pecho lejano:
“¿muchacha, lograste escarbar
(de entre tu paisaje de asfalto)
un rectángulo de oleaje?”.

Y aunque tus dedos no lo dicen,
presiento que en la isla ésa
(donde nunca huele a sal),
eres aun Patricia-de-las-mareas.
Patricia que hace chasquear las suelas y pide
-mágica e implorante-:
“Zapatitos míos, llevadme a ver el mar”.

EL NÁUFRAGO

Comandabas una nave
amotinada aunque en otro tiempo
invencible;
pareciera que los dioses hubieran dicho
“de esta tiniebla no pasará tu nombre”
y será por eso que cuando te hallé,
bajo un cuerpo erguido amurallado
quieto en las olas,
había un corazón acucillado
y un sol retirándose
constantemente ensangrentado.

Sé que quise curarte los temblores,
enjugarte las amnesias,
devolverte los ojos y la savia.

Sé que quise cubrirte de mis
yemas y mis jugos.

Sé que te compadecí y admiré
interminablemente
porque cuando te encontré
me pareciste un guerrero
de valentía astillada,
una embarcación
atorada en un desagüe,
un magnífico árbol
que sus propias hojas estaban
matando de sed.

Por eso si alguna vez
forzaste mis heridas de mujer en entrega
no fue en vano.

Hoy que brillas en lo altísimo,
hoy que tus ojos son siete mares
batiéndose en alas asombradas,
hoy que regresas
“corazón en mano” “no podrán
conmigo”
“vos sos, micrula”
“mi reina de la corona grande”
“mi costa, mi cama última,
mi oscuro tesoro”,
hoy que tu lenguaje
reconoce a esta mujer
de atribuladas páginas
y pies fríos,
hoy sabemos que a la tempestad
le sigue el brotar de las ramas,
como después de dos agitados
animales que se aman
llega, jadeante, la calma,
el alivio
del que alcanza la orilla.

DEFINICIÓN

Tú no eras ni un muelle ni tierra firme.

Nafragabas exactamente igual que yo
y nos juntamos en abrazos
y resistimos juntos la contienda del sol.

(era agosto y los campos se marchitaba)

Tú no eras raíles ni techo.
Sólo un viento muy leve que mecía las flores.

Tenías un jardín de árboles huérfanos
y una cueva escarbada con las uñas del miedo.

No eras una acequia ni nada de eso.

(el verano se arrastraba lento
y nosotros nombrábamos su final)

Yo tenía una pequeña red de apresar segundos.

Tú estabas incendiado montaña adentro.

No fuiste un pantano.
No fuiste un bancal.
No fuiste ni timón ni ancla,
ni rastro en la arena ni faro.

Pero quise tu azada de desmembrar lo previsible.

Y hay que ver cómo sigo escribiendo
los nombres de la última noche:
“tú me ofreciste un corazón de cenizas”.

TODO LO QUE SÉ

Quiero decir como la tarde de ahora,
que no se sabe si amable o si cruel,
si raíces o desasosiego,
si “despacio admiro los cocoteros
y su inclinación perfecta” o si
“qué aburrimiento, virgen”.

Quiero decir como una luz que se
filtrara despacio por cortinas dormidas,
cruel degolladora de sueños,
abridora de puertas, de buenas nuevas,
de nuevos desastres y matanzas,
de un inédito sol en definitiva.

Quiero decir que no estoy segura
de si esta catarata de indignaciones
y versos y buenos propósitos
y ganas de arrojarme a la contienda,
de si esta quietud tan repentina
tan real,
de si esta pérdida de tu cuerpo
-provisional dijiste-,
de si esta espléndida conversión
a la alegría y al combate,
llegaron para salvarme o para complicarme
la existencia.

Quiero decir que todo lo que sé con certeza
lo sostengo en un pequeño puño ilusionado.

NUESTROS GRANDES AMORES

Ya sé;
que un trozo de cuerpo en un trozo de noche
puede parecer todo un continente.

Pero no te equivoques.

Son sólo unas pocas
las cicatrices que duran
hasta el final del trayecto.

PRIMER MOVIMIENTO

A Sebastián,
en la noche
de Mendelssohn

Algo deslumbrante sobre sus manos
es que podían arañar un interrogante
y volver de inmediato a borrar su huella
dejando arena húmeda, espejada y nueva
tras el arabesco invisible de sus alas.

Algo irrepetible en su latido
era el viento que levantaba cada golpe de arco,
eran sus dedos aferrados a una vena,
era la cara que ponía mientras surcaba
el túnel-pentagrama tiempo adentro.

Algo único de su envergadura
era el poco de luz, la pizca de sombra,
el surco y el remiendo,
la nota presa, represa de caudales
y el clamor (con ristra de neones) abriendo el cielo.

Algo resuelve su empeño sobre la madera.
Algo quebranta esa paz transparente y efímera.
Algo enferma y sana en el mundo con su movimiento.

Y algo,
que es más lejos que su cuerpo,
sucede, respira, responde.

Y todo (cuando él es cello),
de repente,
recobra su sentido primero.

ADAGIO

“Es mejor viajar lleno de esperanza
que llegar”

Hallado en las inmediaciones
de una treintena de lunas-luneras
en la meditada mitad del globo,
a la altura a la que el aliento flaquea,
vos sonríes sin matices ni trampas
en una noche de candiles
con valle arbolado en descenso.

Han pasado diversas, indetectables, estaciones
y sin embargo, cada vez,
hacer puerto en tu pecho enlucido,
es contentura, es asombro, en ronroneo:

Qué suerte, mi niña, qué buen hallazgo.

Qué loca y qué inmensa melodía mezclando
nuestros futuros de canas y repetidos fallos,
nuestra estirpe incierta, nuestra buena estrella,
nuestro ahora, nuestro más-tarde.

Qué ganas de saber
después-de-esta-metrópoli-superlativa-qué,
cuando vos poeta salida de su cáscara,
cuando vos virtuoso de los arpegios y las cuerdas,
cuando seamos idénticos y distintos a ahora,
entonces, (¿qué viene entonces?).

Qué prisas por descifrar el itinerario mano a mano.
A tardes pienso si el pronóstico valdrá la pena,
si es la certidumbre territorio deseable.
Luego caigo en cuenta de que, en realidad, siempre fue
mejor respirar el vaivén-nuestro-de-cada-día,
rendido mi cansancio en tu cansancio,
felices de este hogar alquilado desde el que miramos
los giros implacables del planeta.

Te amo sin la urgencia de un próximo episodio.

Seguimos aquí, sin noción de haber “llegado”,
amasando, a golpe de esperanza, nuestra historia
(como dos que ensamblaran con paciencia un adagio).

POÉTICA

Te relaté mis latidos
como en una noche de fiebre,
como si hubiera estado atesorando
mariposas imposibles
jacarandas y malinches
en carne viva,
como si me acabaran de conceder
la tinta y la paciencia
y las musas me lamieran el cuerpo
y me cegaran los ojos
para mejor proveer y mejor
esculpir
con las herramientas de adentro
en la bruma
que desprenden
los acantilados de una mujer
recién amada.

MOBILIARIO

Llegó la hora tétrica
de agarrar a los fantasmas
por sus respectivas solapas.

Los conjuros no lograron superar
las fronteras de la consciencia
y el territorio de los dormidos
se volvió minado y asustador
con boquetes por los que caigo,
con sobresalto, al alivio
del abrazo de mi hombre
a cubierto de las sufridas sábanas.

Mis espectros llevan armaduras gastadas.
Escupen sombras como chimeneas.
Cualquier ademán es un revólver.

En el cruce de caminos 19,
me desvalijaron hasta
la delicada flor de loto de mi centro
pero me desperté justo a tiempo
y pisé el amanecer con la piel intacta.

En la siguiente emboscada,
ya estaban por estrujarme el pescuezo,
cuando me animé a maniobrar
un espectacular volantazo.

Desde entonces nunca opongo
resistencia a mis fantasmas.

Convivo con su dudosa-existencia.

Les dejo obrar su advertencia,
saquearme el olor a invisibles baldazos.

Les apunto, desafiante, con mi lapicero,
directo al hueco donde hubo unos ojos.

Les digo con firmeza:
“No os tengo miedo;
ustedes son mi secreto mobiliario”.

Y así los tengo a raya,
los voy desalentando.

PASE-LO-QUE-PASE

Quiero que me digas, amor,
sin adornos, sin redobles,
grave, certero,
dime
la coordenada a la que
vas a regresar por seguro,
el vendaval que levantarán
tus manos,
el puente de mimbre trenzado
que protegerás con tu sangre
del silencio y su mordisco.

Dime
el nombre de tu cima,
el cuerpo que puebla tu insomnio,
el cuerpo en el que buscas
y encuentras,
dime Ítaca y dime
“a pesar de las fauces del olvido”.

Dime
si has medido el cansancio,
los trasbordos,
las desmesuradas mudanzas,
dime si has considerado
cuanto vacío deja
la marea baja,
cuanta hambre se pasa
en alta mar.

“Quiero que me digas, amor,
que no todo fue naufragar
por haber creído que amar
era el verbo más bello...”

L. E. Aute

Dime, amor,
dime una sola vez,
una sola,
con tu aplomo junto al mío:
“voy a hacer este viaje a tu lado
pase-lo-que-pase”.

EL CUENTO

A Juan, el imperdible.

Se vinieron abajo las blancas escamas
de las montañas, cuentas,
pero el árbol no se dejó talar,
pero el grito no se extinguió en la espuma,
pero el amante no arrió bandera.

Cuentas que el tiempo es una línea sin compasión,
que en la noche se ven claros los senderos y cuentas
que en lo oscuro levita
el mobiliario del alma
y susurran adivinanzas los vientos.

Pero hoy miras la vida que fue tuya a través de un ojal
y deambulas como atónito astronauta
por los minados territorios del sueño.
Ya no cuentas, o cuentas bajito, o cuentas en silencio;
y eso que ya va para un año que prometiste

(por todo lo más sagrado)

que pondrías a mi nombre un cuento.

(PARÉNTESIS)

(¡Como si alguien
pudiese no haber
sufrido nunca!)

José Hierro

Con la bondadosa intención
de evitar malos entendidos
(la línea trastabillada que arruina un relato)
fue que creó un dios
al paréntesis y su territorio liberado.

Entre sus amables redondeces
ha venido acogiendo desde entonces
estados de excepción
(tardes de lluvia en habitaciones prestadas)
merecidos títulos,
aspavientos,
deserciones.

Para dar, en su menguado suelo, sombra
al interrogante
(y su incansable cortejo de letanías)
fue que llegó el paréntesis.

Para hacer posible un decorado imposible.

Para revelar, en un friso de rutinas,
lo que casi nadie advierte.

No sé cómo hace el paréntesis
para exclamar con fatal sarcasmo
(y eso si no nos matan antes).

No sé cómo logra
salvar una voz que merezca un eco
(no podrán, no podrán conmigo).

Aunque fue mucho antes de este alegato
cuando tuve que acuñar esta especie de cláusula
para sobrevivir a toda vela un desgarro
(del que la tinta no dejará de acordarse).

C., EL JÍBARO

Para C. (o Z.),
el justiciero malcontento.

A C. ya no le interesan
los golpes de brocha que mantienen
al mundo en vilo e informado
a conveniencia sobre el más reciente
kamikaze o sobre la tan mentada
recesión.

Por lo demás, C. pareciera,
a simple y torpe vista,
un civilizado hombre medio
dueño de propiedades
adquiridas con paciencia y a cómodos plazos;
C. perfectamente podría ser lo que llaman
“uno-de-los-nuestros”.

Pero dicen sus lectores y vecinos que C.,
bajo la ropa, pecho adentro,
está tatuado de respuntes y rarezas.

Dicen, por ejemplo, que cada tanto
le da por encaletarse en la espesura.

Dicen que con la sexta oración,
pura y con un hielo,
se pone a desplegar cientos de mapas
hasta que se lo lleva el viento.

Dicen que va por ahí,
cual poseso,

sudando cada uno de sus males.
Y ha sido visto atardeciéndose en un río.

Y una vez descosió una puerta a astillazos
cansado de no poder con tanta pena.

Cuentan que, recientemente,
le libró de despeñarse en una curva
la voz de una mujer deletreándole “t-e-e-x-t-r-a-ñ-o”
-aunque en verdad se espera que este último sucedido sea
más bien licencia poética de asiduos seguidores
queriendo hacer a su Indiana más humano-.

C., ni héroe ni villano, se enciende un cigarrillo.

Se sienta ante el abismo blanco con su duda y su certeza:
“¿Hasta dónde corazón?”.
“Hasta donde pueda escucharme ella”.

Detrás de una voz viene otra voz.

“Y a esta caterva de agudados lectores y su tibieza
les voy a anegar de poesía sus tranquilas existencias.”

“Mañana todos naufragarán conmigo.”

Y es casi seguro que estarán de parte de C. los astros.

C., rey jíbaro telegrafianto
su cosecha de cuentos a su alejada reina.

TRES RETRATOS HEROICOS

I

Hace falta valor
para seguir siendo si se sabe,
a-ciencia-cierta,
que vencen y fracasan
eternamente los mismos,
que la impunidad que da nausea,
que el cruel desahucio
legisla, castiga y predica
cómodamente a sus anchas.

Hace falta estómago
y escudos y tinta y aliados
apuntalando
el-día-a-día,
el decorado amanecido de mañana,
para –como dice el cantor-
no cortarse de un tajo las venas.

Descartada la paralítica fe,
desterrada la hipócrita caridad,
agotada la más que menguada esperanza,
queda el heroísmo de quien escribe.

Sobrevive le eco despeinado
del que cabalga hacia las tripas del alud.

II

Una delgada hebra te mantiene
prendido a la vida y su latido;
casi imposible es entender
los días en la garganta de la bestia,
los cuerpos abatidos por el odio,
el acabose de todo
lo que pareciera perenne como:
“hogar”
“cosecha”
“hermano”
“país”.

Desde la espesura de la tristeza,
en una constelación de pérdidas,
con el corazón casi ausente,
hay un cuerpo que se entrega,
en su mayúscula desnudez,
a tu ávido, casi roto abrigo.

Sobando el regreso,
en las noches negras de disparos,
te dices con alivio
que ya no da igual (“no da igual”)
morir torpe, temerariamente.

Te dices
que lo que en verdad es heroico
es seguir con vida.

III

Cuando mi reino impió fue al sur,
vos cargabas muelles al occidente.

Hoy remontas el río que humedece
el vientre de este continente incauto.

Hoy me empeño en la empresa
de doblar a un norte opulento
de efervescencia ingobernable.

De haber otra encrucijada,
será a millas luz de los días
de pérdidas e inventarios.

Al este de este corazón de arena
penetrará la punta
de las palabras en celo.

Recibirán los muslos el ímpetu,
el desembarco firme y pausado,
la senda profunda que abra
la fuerza de siete bueyes de tiro.

La latitud que descubran,
que siembren, que nombren
tus hondas huellas de héroe
será este asilvestrado cuerpo mío.

ARCILLA

De arcilla, los brazos de arcilla,
los hombros, el vientre, las ambiciones,
el puño enfurecido de arcilla,
los pasos, el pulso, el trazo de la espalda.

De arcilla, la voluntad, la piel de arcilla,
giro, constantemente, sobre el torno,
bajo tu tacto que, lentísimo, tantea
los espacios de recuerdo y camino que soy.

De arcilla, me resisto y me entrego.
Con mi llanto de arcilla, bendigo.
Con discursos y venganzas, voy resbalando.
Me dejo moldear por tu aliento,
con deliciosa sumisión de arcilla.

ITACA

Buscando
siempre
a tientas
el tacto
de otros
bestialmente
te traiciono
te nombro
te retorno
te hago vivir
revivir
incendiando
todo aquello que no
eres
escarbando
el surco que sí
eres
desatinadamente
así
te busco
Itaca.

LUGARES

And all these, all these, all these,
I have not forgotten, how can I forget?
Cemal Sureya

Hay lugares
agujeros de memoria para resbalar silenciosamente/
verdes postales azules de años
escarlata puñalada rastrera de nostalgia
guiños de tierna lluvia domingo hay lugares
ventana/ ventana/ ventana
dentro
antes dentro
de ti de tu foso lento
antes dentro
mi cuerpo sin postigos nunca
para ti
antes gobernando azoteas
mar ni remotamente repetido
dominando la melodía solar de la tarde en retirada
antes
hay lugares
tierra
en vida nunca amaré otras bisagras hacia el vacío
empeño de alas
hay lugares
lugares de tacto que por fin pide perdón y se entrega/
lugares de marchar al futuro/
de alcanzar al vuelo fuegos artificiales/ de entender
la luz deshabitada/ el comenzar naranja del día/
la mujer que se desnuda y se quiebra con mi mismo rostro hay
lugares
antes
dentro

hoy
palabras sin luna/ abrazo de espantapájaros
lugares ahora fuera
cadáver de ti/ mi bien
mi dulce inmóvil acorazado acristalado ventanuco al mundo
hay lugares
regazo en la noche
que en justicia nos aguardan
nos traen a rastras de la bendita amnesia
al sol de besos perdidos
porque se nos deben/ se nos dan
se nos encallan entre los astillados dedos y (Dios mío)
hay lugares
que nunca ceden al feroz cerco
del olvido.

LAS HORAS

Recuerdas aquellas horas delirantes
en que yo no dejaba de llorar
y salía a cazar mariposas
y volvía con las manos vacías,
con un enjambre de espejismos
siguiéndome los pasos.

Recuerdas las horas de descorchar secretos,
de naufragar premeditadamente,
de sentirnos las manos como canteras invisibles,
embarcaciones ansiosas dibujando
quimeras de amor en las que faltaba
la mitad del reparto.

Recuerdas las horas de viento y las horas de sed,
las horas en que flotamos lago adentro,
los hijos bastardos de aquel febrero.
Recuerdo los cardenales que dejaba tu voz,
las leguas de hielo que desmantelamos,
la hoguera de los versos prohibidos.

Y recuerdas las horas y las líneas *que nunca te dije*.
Los remiendos y las horas *a veces te olvido*.
Las palizas, los coros, las frutas nuevas,
los árboles de Berlín y las horas.
Y el alivio, y la sombra, y las migajas de ti,
y la savia tan derramada, y el óxido,
y las horas.

ATENAS, FINAL DE LA PRIMAVERA

*Recuerdo tu blancura del aeropuerto dijiste hondamente
y luego reposaste tu confusión
en mi regazo/
yo de veras creí
que aquella escena completaba
un exactísimo círculo de azulejos de colores*

SOLEDAD

Soledad, me has dejado sola
con ojeras y una herida que va
de norte a sur, de este a oeste,
con la reina ausencia y su escoba de desahucios,
con el pecho anegado de agua salada,
con los ojos ahogándose en alta mar.

Soledad, no entiendo esta calle cortada,
ni sé qué hacer con los pétalos de ti,
tus pasitos de vértigo sobre los tacones,
el barniz de tu antiguo cabello azabache,
el bolsillo secreto de repartir tesoros,
las huellas naranjas que sembró tu carmín.

Soledad, me pregunto quién eras
en aquellos túneles sin cielo,
por qué tus voces, tus verdugos, tus altares,
tus herencias, tu hijo extraviado,
tu silencio inalcanzable,
tu pequeño cuaderno de poemas de amor.

Soledad, cuando suena la sirena de tu derrota
se tiñe el mar, se extingue el fuego,
se despeña el tráfico por la avenida,
y no hay nadie más solo en la tarde
que esta caperucita de alas de mentira
que no es capaz de dejar de temblar.

(Thessaloniki, Abril 2003)

DESAPARECER

en la ciudad de Nueva York

Cada día estoy más convencida.

Para habitar esta ciudad es imprescindible
que haya alguien,
al otro lado de este instante,
pensándote.

No es suficiente con que te espere
la casa con su buzón repleto
y la cena servida (humeante).
No basta tu nombre provisionalmente estampado
en el prolijo umbral de tu oficina.

Es necesario que alguien te piense.
Que alguien, fijamente, te imagine.

Que imagine que te enroscas
la interminable y áspera bufanda.

Que intuya que badeas la muchedumbre
-nube de insectos enloquecidos -
como quien remonta una feroz tormenta.

Que alguien te piense
cuando el tacón encalla
en un pedazo de suelo enrejado
y tu cuerpo se vuelve tablón
atorando la agitada acequia.

Es imprescindible que alguien
(súbitamente) presienta
que estás, nariz-contr-a-el-cristal, oteando
el confín del invierno,
el mas allá remoto de la isla
desde tu ventana de vértigo.

Ahora estoy más que segura.

Para habitar esta ciudad es necesario
que haya alguien,
de tanto en tanto,
pensándote.

De lo contrario,
se corre un serio riesgo de
ir encogiendo
lentamente,
ir achicándote
en el ocupado corazón de la colmena
hasta (un buen día),

desaparecer
("...")

DE PERFIL

Como más me gustas es así,

de perfil,

oscurecida y al contraluz
de la noche que no termina de apagar
sus remotos neones,
sembradita de ventanas respirando,
recortando el cielo abierto
con tus cantaros metálicos de agua,
con tus coronas incendiadas,
con tu cumbre irregular, indómita.

Como más me gustas es así;
pacíficamente adormecida,
mínimamente agitada,
contenida,
esperando el día,

de perfil.

DESAGRAVIO

A Vero y a todas las demás
mujeres sitiadas.

Verónica, dos mil noches durmiendo enjaulada.
Como seis eternidades hasta el fallo perdonador
que te saca de la cárcel de mujeres de avenida El Inca
al café en el que fingimos normalidad preparada.

Ex recluida de los ritos del paisaje urbano,
tus manos aun no decidían
por dónde empezar a palpar
la vida que casi te arrebatan
con tanto encierro.

Yo fui la primera en llegar a vuestro patio en griterío
y la que conspiró con la-buena-de-Andrea
la fugaz fuga que duró lo que un *cocktail*
para el que ni siquiera os desposaron las muñecas.

Nunca olvidaré la cháchara cincelada en la anarquía
de la escalinata a tu pabellón,
agotando los marlboro-rojo
que te arrastraba desde la tiendita
a través de la requisa y el manoseo,
del portón con aldaba,
hasta el vientre del huracán.

Patio desquiciante, hacinado.

Tu abrazo delgado, firme, limpio:
“gracias, flaca”, me decías,
“che, qué bueno verte”.

Al principio iba seguido en tu busca.

Cada sábado.

Después, un día, no pude más con la tristeza
y, lentamente, dejé de visitarte.

Otras conversaciones,
animadas y vacías, trataban de llenarme el paso.
Otras excursiones a quintas con césped segado
y silenciosas cocineras
requerían de mi presencia y mi nausea.

Nunca olvidé tu pálida belleza
de pelo húmedo y jersey prestado
despidiéndonos al filo del toque de queda.

Tu valentía, tu brillo, tu voz incendiada,
tu celda tan chica, tus hijos nombrados de lejos,
la visita de rigor al penal
(ni tú sabes bien por qué
le sigues llegando),
los guantes de látex
con los que te buscan el arsenal
en el sexo
y ahí estás a preguntarle che-como-andás,
más por pena,
a ese canalla,
más por buena,
y la última vez casi te manda del otro lado,
(nos lo contaste con la voz resquebrajándosete)
y yo no he podido olvidar
que el muy perro te lo hizo todo
a pesar de tus gritos

y no he podido olvidar
que aquellos marchitos relatos
era pan-cotidiano en la cárcel.

Y no sé por qué no volví más.

Ahora me gusta mirarte,
con la conciencia más ligera,
sabiéndote en tu techo
con niños de un barrio
mal alumbrado del gastado
cinturón de Buenos Aires.

Escribiendo mi dejadez o mi cobardía,
he vuelto a reconocermé con trabajo.

Llego con un tardío gesto de desagravio,
con la promesa de nunca más callarme.

MOLINA THEISSEN CONTRA EL ESTADO DE GUATEMALA

a doña Emma,
a doña Lucrecia y sus hermanas,
a todos los demás

Me bastaría con saber de dónde
y hacia dónde,
tú que te escondes
tú que perdiste
entrañas y paciencia
aguardando a tu niño, a tu niño
a empujones, a bayonetazos
arrebatao y jamás devuelto.

A dónde tu niño maniatado.

En dónde tus plegarias,
tú que diste
tus frutos a una guerra
clandestina y menguada.

Dónde tus dedos que se prendían
de él y que pisoteaba
ávidamente
un acicalado perro.

En qué lugar las fuerzas
para resucitar
al niño bulto, al niño robado.

Saber dónde,
si hubo una repentina grieta
que lo salvó del disparo
o si hay una mínima tumba
a la que llevarle
flores resignadas.

APRENDER A NADAR

Desde "La vida secreta de las palabras",
de Isabel Coixet

En el mortero, amnesia y heridas abiertas.
Las náuseas que me produce
el recuerdo de su mano sudorosa
reptando con alevosía la noche,
me las contengo bajo el corsé
de mujer-hecha-y-derecha.

He querido tanto y tanto perdonar
tu complicidad de muñeca de trapo.

He querido narrar
despacito mis penas
como si tendiera mis sábanas
en medio de un vendaval.

Alguien debería haber empuñado,
alguna vez,
un *no* superlativo.

Ahora
pareciera ya tarde.

El relato de mi cuerpo violado es el mismo
que el de cientos de vientres,
que el de miles de nombres.

[Cansada, cansada de guerra, ella
y ella antes que ella,
ya no pueden con su espejo.]

Al hombre al que entregué mi descanso
y las ruinas de mi sexo asustado
quise advertirle, explicarle
que mis lágrimas podrían ser un naufragio.

Hoy sólo espero
que (una-vez-más) él me diga:
“Por más que diluvie en tus pesadillas,
aprenderé a nadar, princesa”.

EL OLOR

Del que no podemos desprendernos,
un olor,
el olor cierto y enormemente bello
de la vida,
el olor, el dolor
que se recuerda, se reconoce
sin atinar con las palabras
ni con las torpes
extremidades de la ternura,
el olor del mar que iza
el agotado viajero,
la alejada carne de esta
tierra nuestra
y no es posible elegir
otra ruta ni otra cáscara de
resistir días,
ni otra forma de tantear
las cicatrices de esta casa de todos,
el olor
de las cosas de verdad
se nos ha instalado
bajo las uñas
entre el cabello
pestaña sábana axila
cuevas y tactos
pupilas desde las que,
indignados o tiernos, oteamos
las guerras las estaciones
la basura rebuscada
la inmensidad de los árboles

el olor de la noche verde
la arcada y la piel en sacudida
las palabras su pulpa,
su estocada de memoria, de vida,
de muerte,
el olor del que creyó y elevó
voces y machetes,
la hermana decepción
y la hermana ira,
el tenebroso y verdadero camino
hacia el mar de entonces,
desde aquí yo viajera alejada
acercada
cercada
por el olor, el olor del impulso
del que ya no podemos desprendernos.

ENTONCES

Eran diez, tal vez quince,
y dibujaban, la una junto a la otra,
una circunferencia inacabada
de afilados júbilos y
meteóricas alas.

Era la tardecita con fugaces golondrinas
que emergían de un cielo límpido
como límpido era el mar de entonces.

Creo que fuimos
rotundamente felices
pretendiéndonos
buscadores de oro,
callejeando hallazgos, bautizando los bares,
canjeando manuscritos, desenterrando melodías,
creciendo los pasos que habrían de volverse viajes.

Además entonces estaba
la playa respirando
rambla abajo
y no había conversación
que no pasara por su arena
como para dejar un rastro en el espacio
que nos estaba desmembrando.

RELATIVIDAD

Brumosa cercanía
o límpido alejamiento.

El corazón mide los afectos
de espaldas a los mapas.

Quien se atreva a cifrar
los kilómetros, los días
entre quienes,
(en el estratosférico silencio)
se vienen hablando mucho,
pierde
miserablemente su tiempo.

TATUARSE UNA CARACOLA

Secretamente,
emperatriz caracola,
tus espirales me llevan
de la mano
hacia la profundidad del cuerpo
que habito
que debilito y enveneno
que incendio y colmo.

Reina de los enigmas
azotada, naufragada,
caracola secreta,
recuérdame
que nunca el mismo viento
nunca la misma acrobacia
nunca, siempre, nunca.

Caracola,
enroscada en ti,
mi piel te celebra y te alberga,
sos mi constelación,
la primera de mis muescas
en esta guerra
de coros enfurecidos
y gigantescas
puestas de sol.

LA RECONSTRUCCIÓN DE PATRICIA

En la reconstrucción de Patricia los árboles brillaban.
Un día se desprendió el reloj con sus rigores.

Se abrió en una ocasión una tormenta amarilla.

Llegaban cartas al pie de mis grúas;
cartas y arena y brasas y más arena.

Y el bosque ensartado por sus dedos delgados.

En la reconstrucción de Patricia se detuvieron
hasta los aldabonazos en las sienas de la noche.

La cama era estrecha, blanca y yerma, es cierto.

Pero era el sol entre el enrejado verde
la estampa más lentamente derramada nunca.

Creció su nombre desde mi pecho precintado.

Trazaron grietas, sus raíces redondas,
en mi cautela de animal traicionado.

LA VERDAD

“Oui, je dois trouver un moyen de dire la vérité sans la dire.
C'est exactement ça qu'est la littérature après tout:
d'habiles mensoges qui secrètement disent la vérité.”

Simone de Beauvoir

Está decidido: hoy arderá la distraída noche.
Fuera van a quedarse las excusas, las suspicacias.
Desde mi almena las protestas
se me acercan diluidas y lentísimas.

Las consideraré más tarde, me digo.

Desde mi instante de precipicio sólo dos o tres
clamores verdaderamente me atormentan:
la insipidez, la esterilidad, el vacío, el aburrimiento.
Ante ustedes mis verdugos.

Las quejas remotas, las cuerdas remotas,
el riel, la verja, la rienda, la tapa, la encrucijada,
tan remoto todo,
no me asustan en el fondo.

Es como si dijéramos, airados,
“Hagamos de la marea parte en un contrato/
Hagamos parcelas del cielo/ Pongamos
un cerrojo a la luz de este atardecer inexplicable”...

No se puede.

Es un lamentable derroche de tiempo y de esperanzas.
Y así sucede con todo;
con el suntuoso porvenir,

con el encaminarse de una voz, el ceder
de unos labios, el día elegido,
la respiración en llamas de un valle
a merced de esas manos,
el hombre que tañe con lentitud, con
crueldad casi, los lugares de la dicha,
el cuello desnudo ofreciendo
su encendida caída hacia la nada.

Así, así todo.

No podrás enterrar la mañana.
Se abrirán paso sus rayos por entre tus cautelas.
Así el río y la tormenta.
Sin escuchar motivos.
Así la ventana sobre los hombres, las
vidas, las plegarias, las mercancías,
las encaladas fachadas con geranios.
Así la altura no da explicaciones...
Se eleva, sin más. Se iguala al azul,
a la noche con luna afilada.

Ya, ya nos hemos traicionado.
Nos hemos entregado a los vientos,
nos devora ya la hiedra y la buganvilla.
Van nuestros cuerpos a la deriva, las santas
precauciones río abajo.

En una pared, trepan las palabras,
voraces, sigilosas,
ocultando la prudencia del ladrillo.

No hay escapatoria.
Ésta es la verdad:

Ya están escritos los pasos
que nos llevarán a derramarnos,
uña a uña,
ojos cerrados,
a plena piel desarmada,
bajo una misma noche.

SHEREZADE O LA GRAN EQUILIBRISTA

“El triunfo de Sherezade también significa
el triunfo de la imaginación”

Fatema Mernissi

Querida Sherezade, te juro,
a días la cuerda floja me traiciona
y pienso quizá en dejarme matar.

Pero sigue sucediendo
un trueque, un darse de bruces
con motivos y puentes levadizos que consienten,
con mujeres que resisten la lejanía y el barro.

Sigo estando hasta los mismos bordes de relatos,
late el faro, se muestra otra noche y,
Sherezade,
tras el humo,
tu tinta no se detiene,
la voz se te tambalea y maldice
y promete que no hay culpables,
que no vencerá el camino único,
que no caerá en desgracia el otoño.

Y en los mil y un tropiezos,
me despojas de prisas y disfraces,
vas y surcas de parte a parte mi esperanza,
reparas un corazón horadado por tantas
yemas que se vuelven garra.

Sherezade, salgo de nuevo en busca de un espejo.
Esta equilibrista llameante ha sobrevivido otra página.

ÉSTA, DESDE LA QUE TE ESCRIBO

Aún con el cansancio pisándome los pasos,
vuelvo a ser rey rehén del insomnio que me estrecha
entre sus lúcidos brazos.

(Esta noche/
Esta ciudad/
Esta mujer)

Voy ensartando, una a una, las palabras.

Voy hilvanando el relato:
Desde ésta, te escribo.

Y ésta, desde la que te escribo,
es mujer-faro pidiendo clemencia.

(Ojos cerrados)

Ésta, desde la que te escribo,
es casita de adobe en un barranco.

(Suenan el mar)

Ésta, desde la que te escribo,
es memoria acalabrada y ondeante
banderita de “me rindo”.

(Puertas adentro)

Ésta.
Respiro.

Ésta, desde la que....
te escri....
bo....



Índice de poemas

- 8 Intermedio
- 10 Isla con cielo e incendio
- 11 "Yo lo que quiero es un mar"
- 13 El náufrago
- 15 Definición
- 17 Todo lo que sé
- 18 Nuestros Grandes Amores
- 19 Primer Movimiento
- 20 Adagio
- 22 Poética
- 23 Mobiliario
- 25 Pase-lo-que-pase
- 27 El cuento
- 28 (Paréntesis)
- 30 C., el jíbaro
- 32 Tres Retratos Heroicos
- 35 Arcilla
- 36 Itaca
- 37 Lugares
- 39 Las horas
- 40 Atenas, final de la primavera
- 41 Soledad
- 42 Desaparecer
- 44 De perfil
- 45 Desagravio
- 48 Molina Theissen contra el Estado de Guatemala
- 49 Aprender a nadar
- 51 El olor
- 53 Entonces
- 54 Relatividad
- 55 Tatuarse una caracola
- 56 La reconstrucción de Patricia
- 57 La verdad
- 60 Sherezade o la gran equilibrista
- 61 Ésta, desde la que te escribo

OTRAMÉRICA

OTRAMÉRICA es esta América múltiple, de miradas complejas, de intercambio y fuerza mestiza. Proyecto editorial independiente, **OTRAMÉRICA** tiene vocación agrícola, sembrando palabras e ideas para algún día, en la memoria de los tiempos, cosechar mujeres y hombres re-inventados, des-aprendidos, des-prevenidos y alerta ante los retos de re-construir este mundo de locos que solo muestra una cara de esta América múltiple en la que vivimos y convivimos.



“En el mortero, amnesia y heridas abiertas”

No hay tregua. La vida se desencadena de forma feroz, apasionada, sin licencias para la poeta que mira y es vista. Los versos de Patricia F. Pacheco son mecanismos para descifrar encuentros y perplejidades. De lo concreto a lo universal, de la mujer que vive con pasión a la voz que describe el tiempo que le ha tocado enfrentar.



Las palabras no son bálsamo del alma de la poeta, sino quirúrgica exploración de las cicatrices tanto dulces como sangrantes que una vida intencionada va acumulando. “Ésta, desde la que te escribo/es casita de adobe en un barranco”.



Viaje de ida y vuelta



1 25002 74135 0